

Una generación perdida: Los jóvenes excluidos en los noventa.

Salvia, Agustín.

Cita:

Salvia, Agustín (2000). *Una generación perdida: Los jóvenes excluidos en los noventa*. Mayo Revista de Estudios de Juventud, (1), 1-1.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustin.salvia/75>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnKz/cEh>

UNA GENERACION PERDIDA: LOS JÓVENES EXCLUIDOS EN LOS NOVENTA

Agustín Salvia

Ser joven en los noventa y sobrevivir en el intento...

La crisis del Estado y los profundos cambios económicos y tecnológicos de fines de siglo han ocasionado una fuerte ruptura del “mundo del trabajo” y de los mecanismos de reproducción social, tanto familiares como institucionales, que tradicionalmente permitían el acceso a bienes y servicios públicos, sociales o comunales, a partir de lo cual el Estado garantizaba en forma masiva oportunidades efectivas de integración social.

El aumento de la desigualdad social, la precarización de las condiciones de educación y empleo, la marginación de vastos sectores de la población, son componentes dominantes del malestar social actual. En ese contexto, los adolescentes y jóvenes de los noventa constituyen una de las principales víctimas de la transformación estructural y de la crisis del mundo de trabajo y del Estado asistencial en todo el mundo (Desarrollo Humano, 1996), y particularmente en América Latina (CEPAL, 1997).

A pesar de muchas buenas promesas nuestra sociedad, tampoco ha podido escapar al generalizado deterioro de las condiciones de inserción social que afecta a los jóvenes del mundo en desarrollo. Durante varias décadas, Argentina fue un país que sustentaba expectativas de movilidad social ascendente en vastos sectores de la población, especialmente entre los sectores populares urbanos. Diversos autores, desde los clásicos estudios de Gino Germani (1956) en adelante, han señalado la vigencia y el vigor que tenían esos ideales. La juventud, la educación y el empleo eran tres de los principales factores asociados con aquel fenómeno.

El paso por el sistema educativo primero y la inserción laboral luego en un trabajo calificado, como camino para la integración a la sociedad y para un mejoramiento progresivo de las condiciones de vida, constituían un recorrido habitual o, por lo menos, posible; aprendido por la mayoría de los jóvenes de estratos populares y medios urbanos.

Pero todo ello ha pasado a ser historia. Las políticas de crisis de los años '80 y los cambios estructurales de los '90, junto a los nuevos panoramas culturales, han bloqueado estos tradicionales caminos hacia la integración social. Es cierto que las condiciones institucionales que favorecían la movilidad social de los jóvenes no se realizaban en todos los sectores sociales y regiones del país de la misma manera, pero dada la cobertura y legitimidad que alcanzaron, se convirtieron en un indiscutido derecho “universal” de responsabilidad social y pública. Hoy por hoy, este reconocido estado de ciudadanía tampoco parece dominar la escena social actual.

Bajo el actual contexto, muchos jóvenes, y cada vez más, dejan de asistir a establecimientos educativos, buscan trabajo y no lo consiguen, o, incluso, abandonan la búsqueda de un empleo. Sin trabajo, ni estudio, ni contexto familiar de contención, se

constituyen en los principales excluidos de fin de siglo. En efecto, toda una generación de jóvenes ha pasado a enfrentar un proceso de cancelación de expectativas de ascenso social frente al brusco bloqueo que experimentan los canales de integración tradicionales, y el particular protagonismo que asumen las “fuerzas naturales del mercado”.

Para la gran mayoría de los jóvenes las promesas públicas han dejado de ser opciones institucionales capaces de atender necesidades de realización personal. El deterioro de la educación pública, el deterioro de las instituciones del trabajo, el deterioro y la crisis de las instituciones políticas y de las propias instituciones sociales comunitarias son el contexto de realidad para los jóvenes de hoy. La sociedad formal ya no les ofrece opciones.

Sin duda, el problema de época no es el proceso de cambio social, sino la fuerza y la discriminabilidad con que dichas transformaciones operan a nivel de las nuevas generaciones, inhabilitando a través del mercado las capacidades y los sistemas de oportunidades existentes, sin generar nuevas alternativas y marginando oficialmente a quienes se refugian en el desaliento.

¿Cuál es el verdadero alcance de este problema en nuestro país? ¿Se trata de un fenómeno aislado o ampliamente generalizado? ¿Qué factores hacen posible este proceso? ¿Está a tiempo la sociedad –sea a través del Estado o del mercado- de poder ofrecer oportunidades de inclusión a la actual generación de jóvenes?

Algunas consideraciones sobre la promesa incumplida

Diferentes estudios y diagnósticos señalan que uno de los sectores sociales más vulnerados por el actual proceso de crisis y reforma económica han sido justamente los jóvenes (CENEP, 1993; CEPAL, 1997; PNUD, 1997). Detallemos algunos rasgos del problema:

- Las aspiraciones de ascenso en la escala social se ven socavadas por la crisis y la reconversión de los mercados y el progresivo deterioro de la calidad y el prestigio social que brinda la educación formal. Ser joven y tener un título ya no garantizan un camino de progreso.
- Los nuevos usos tecnológicos y las restricciones de calificación que presenta el mercado de trabajo afectan de manera especial a los jóvenes. Lejos está el sistema educativo de poder brindar salidas profesionales de acceso universal en favor de las nuevas generaciones.
- El empleo, aunque informal o precario, es en general escaso y de acceso privilegiado; pero mucho más improbables y restrictivos son todavía los ámbitos ocupacionales capaces de brindar un ingreso digno, estabilidad laboral, formación profesional y desarrollo personal para los jóvenes.

- Para muchos adolescentes y jóvenes, la mendicidad, las actividades ilegales y el desaliento social constituyen verdaderas estrategias de vida y únicas opciones de realización personal y colectiva en un contexto económico y cultural cada vez más hostil para determinados perfiles sociales.

Desde una perspectiva estructural, el problema se expresa en mayores dificultades para continuar en forma exitosa el sistema educativo y, por consiguiente, en los crecientes obstáculos para acceder al mercado de trabajo moderno, lo que entre otros efectos termina complicando la formación de núcleos familiares propios, las probabilidades de movilidad social futura, y hace sospechar sobre el incremento de los niveles de riesgo y marginalidad que pueden afectar a las próximas generaciones.

Todo lo cual se manifiesta a su vez en la crisis de los referentes simbólicos tradicionales que generaciones anteriores dispusieron para articular horizontes y rutas de trayectorias social. El desvanecimiento de los referentes simbólicos o culturales tradicionales se aprecia en las transformaciones que la familia, la escuela y el trabajo parecen experimentar en la percepción juvenil.

En cualquier caso resulta evidente que existen cada vez mayores dificultades inerciales para que los jóvenes accedan a una educación de calidad y a la altura de las exigencias formativas que impone la tecnificación y la modernización alcanzada por la estructura productiva actual. Junto a la selectividad de la demanda, la falta generalizada de empleos y las nuevas reglas del mercado laboral, hacen aún más difícil el acceso a opciones de formación profesional en el trabajo.

Para la mayoría de los jóvenes expulsados del sistema educativo, su principal expectativa es acceder a un empleo precario; y la mejor, el poder mantenerlo el mayor tiempo posible bajo cualquier condición. Para muchos, los programas sociales y de capacitación son todavía recursos alejados de su alcance; a la vez que el impacto real de tales alternativas no deja de ser finalmente deficitario en términos de empleo.

De esta manera, la heterogeneidad de la demanda conlleva a una oferta de calificaciones y oportunidades segmentadas. Por lo mismo, la trayectoria educativa y la experiencia del primer empleo, han dejado de ser el camino compartido que permitía formar una identidad profesional y la garantía de una movilidad social ascendente en la vida de los jóvenes; es decir, tales instituciones parecen haber perdido su centralidad como ámbitos de integración simbólica y real de los nuevos jóvenes a la sociedad. Todo lo cual ha ayudado a generar una heterogénea estructura de opciones, intereses y estrategias alternativas, a la vez que variadas y complejas cosmovisiones por parte de los jóvenes.

Estos y otros elementos hacen que los especialistas al referirse a los jóvenes hagan especial mención a la exclusión social. Ser joven hoy ya no forma parte de un imaginario de prosperidad social o progreso personal, sino que constituye una condición que muy probablemente derive en una nueva forma de marginalidad.

Un necesario ejercicio de focalización:

¿Cuál es el alcance del problema? ¿A qué nivel llega hoy la exclusión juvenil? ¿Cuántos son los jóvenes que hoy están objetivamente excluidos de oportunidades de educación y trabajo?

Al respecto, destaca el hecho de que en 1999, antes del inicio de un nuevo milenio, existen en el país más de 5,5 millones de jóvenes de entre 15 y 24 años. Es decir, cerca del 20% de la población nacional se encontraba en edad de estudiar, trabajar o participar de una actividad reproductiva.

De acuerdo con esto, ¿cuál es la situación de inserción o exclusión de estos jóvenes? Si bien carecemos de datos nacionales actualizados, el análisis de la problemática de exclusión entre los jóvenes con residencia en los 26 más importantes aglomerados urbanos del país –de acuerdo con el relevamiento de la EPH de mayo de 1999- puede servirnos como una buena aproximación.

1. En primer lugar, destaca el hecho de que el 19% de la población de los principales aglomerados urbanos del país tiene entre 15 y 24 años –6,3 millones-, y que de estos, el 44% no asisten a un establecimiento escolar. Es decir, más de 2,7 millones de jóvenes con residencia urbana han quedado fuera del sistema educativo.
2. De estos, el 36% no supera el nivel primario completo o el 30% no ha concluyó el nivel secundario. Asimismo, un poco menos de la mitad no tienen trabajo o empleo remunerado. Es decir, el 21% de los jóvenes no estudian ni trabajan. De esta manera, un 1,3 millón de jóvenes con residencia urbana no sólo no participan y han quedado relegados del sistema educativo, sino también del sistema productivo.
3. Si dentro de esa población consideramos como incluidos aquellos que cumplen funciones domésticas reproductivas, tenemos que el 14% de los jóvenes de áreas urbanas –900 mil jóvenes- no estudian, no trabajan ni tampoco son amas de casa. Es decir, 14 de cada 100 jóvenes están excluidos en forma total del común de las actividades que articulan la trayectoria de vida en una sociedad.
4. De estos jóvenes, el 65% buscan trabajo sin éxito y casi el 35% -320 mil jóvenes- han pasado a formar parte del “núcleo duro” de los excluidos urbanos (inactivos marginales.) Asimismo, cabe destacar la estrecha relación que se observa entre la exclusión y el mayor déficit educativo por parte de estos jóvenes (sólo el 20% de este grupo ha completado el nivel secundario).

Estos datos permiten en principio confirmar que: 1) la exclusión juvenil no es un problema aislado, sino que por el contrario representa un alcance significativo: más del 20% de los jóvenes de áreas urbanas no estudian ni trabajan; 2) el déficit educativo parece ejercer una influencia predominante como factor potencial o real generador de

exclusión, tanto para impedir la obtención de un empleo como para desalentar la búsqueda del mismo; y 3) los jóvenes que forman el “núcleo duro” de la exclusión urbana son los que presentan el mayor déficit de capital educativo.

Vulnerabilidad social de la población urbana de jóvenes de 15 a 24 años. Principales Aglomerados Urbanos del País - EPH/INDEC - Mayo de 1999

6.337.000 Jóvenes 15-24 años = 18,9% de la Población Urbana

No Estudian:	44,2%		
		Se encuentran trabajando:	23,6%
		No Estudian ni Trabajan:	20,6%
		Tienen responsabilidades domésticas:	6,9%
		No Estudian, no Trabajan ni son Amas de Casa:	13,7% (868 mil Jóvenes)
		Buscan Trabajo:	9,0%
		No	Buscan
Trabajo:	4,7%		

Fuente: Encuesta Permanente de Hogares, INDEC, Mayo 1999.

Máximo nivel de instrucción alcanzado por la población urbana de jóvenes de 15 a 24 años según condición de vulnerabilidad social.

Principales Aglomerados Urbanos del País - EPH / INDEC – Mayo de 1999

	Jóvenes que No Estudian			
	TRABAJAN	BUSCAN TRABAJO	INACTIVAS CON TAREA DOMÉSTICA	NÚCLEO DURO DE LA EXCLUSIÓN
Primaria incompleta o menos	4,2	6,4	7,7	13,0
Primaria completa	28,1	29,5	37,9	32,1
Secundaria incompleta	31,3	28,0	35,7	33,8
Secundaria completa o más	36,4	36,1	18,7	21,1
Total	100	100	100	100

Fuente: Encuesta Permanente de Hogares, INDEC, Mayo 1999.

Condiciones Sociales de Exclusión

El panorama social de los jóvenes es claramente heterogéneo y fragmentado. No sorprende la polaridad, tomando en cuenta que muchos adolescentes y jóvenes tienden a postergar o abandonar sus estudios (alrededor del 36% de los jóvenes que no estudian de entre 15 y 24 años cuentan con primaria completa o menos.)

Estos jóvenes deben afrontar el desaliento o la imposibilidad de estudiar; a la vez que deben responder a la presión de proveer ingresos familiares o asumir responsabilidades domésticas.

Siguiendo esta trayectoria, son muchos y variados los testimonios que muestran cómo los jóvenes de los sectores populares hacen changas de cualquier tipo con el único objetivo de apoyar la mera supervivencia, sin otra perspectiva ni oportunidad. Cuando pueden recurren al grupo familiar de origen con la esperanza de poder seguir estudiando; la mayoría de las veces no tienen alternativa y están obligados a dejar los estudios y aceptar cualquier trabajo; muy temprano, enfrentan el desempleo y luego el desaliento; y, más tarde o más temprano, se encuentran ante las estrategias extralegales que ofrece la marginalidad urbana como única posibilidad de movilidad social.

Para los que forman su propio hogar, la trayectoria es igualmente incierta. En este caso, la dificultad de acceder a un crédito o a una vivienda propia, la inestabilidad y la precariedad laboral, el desempleo, la incertidumbre económica y la falta absoluta de una carrera profesional, representan obstáculos insalvables y de impacto mucho más grave. Las mujeres, tempranamente embarazadas, sin dejar atender la reproducción del hogar, se enfrentan a la obligación de tener que aportar ingresos, trabajar, mendigar o generar alguna actividad informal bajo condiciones de alta autoexplotación; sin ninguna expectativa de desarrollo personal. En el mejor de los casos, estos jóvenes suman mano de obra barata y flexible al mercado. La mayoría de los hogares de estos jóvenes no pueden escapar de la pobreza, y sólo pueden sobrevivirla en el marco del asistencialismo público, de la informalidad social y económica o a través de actividades extralegales.

De esta manera, sin trabajo, sin redes de contención, sin las habilitaciones educativas y sociales exigidas por el mercado, ni oportunidades para obtenerlas, estos jóvenes quedan a fuera de la sociedad formal y se refugian en las estructuras “no visibles” de la pobreza y la marginalidad. Finalmente, tanto el mercado como el orden social oficial los sospecha, los persigue y los juzga como delincuentes.

Un dato común al impacto de estas condiciones es el hecho de que las mismas no operan sobre la estructura social en forma aleatoria. En tal sentido, los jóvenes -más allá de su abierta heterogeneidad socio-cultural- se ven hoy afectados en forma selectiva por los imperativos que imponen el sistema económico y el mercado de trabajo, así como por la incontinencia social que se reproduce en los sistemas familiares, comunitarios y educativos.

Pero si bien estas son las formas bajo las cuales se expresa o manifiesta el problema, cabe no confundirlas con las condiciones o factores sociales que lo generan. Las inhabilitaciones que imponen la desigualdad social y la crisis de oportunidades afectan especialmente a aquellos hogares de escasos recursos materiales, afectados por la desocupación y la descalificación social, y en donde las redes familiares, comunitarias e institucionales de integración están seriamente debilitadas o son inexistentes.

Es en tales hogares donde se sufre más directamente la desvalorización del capital material, social y cultural acumulado por anteriores generaciones, y en donde, finalmente, la posibilidad de delegar dicho capital a las nuevas generaciones de jóvenes se torna en un hecho prácticamente imposible. El hecho genera así un efecto multiplicador: la reproducción intergeneracional de la exclusión como un fenómeno cada vez más generalizado.

Al respecto, parece pertinente destacar que tanto las aspiraciones como las posibilidades de integración de los jóvenes de hoy —a igual que para otros sectores—, se ven socavadas por un proceso más general de exclusión y desigualdad cuyos componentes fundamentales merecen ser precisados:

- La precarización de las oportunidades de empleo, los cambios que experimentan las relaciones laborales y de mercado y su impacto sobre los ingresos, las condiciones de trabajo y la seguridad social.
- La fragilidad de las redes sociales de contención, reciprocidad y protección; en referencia específica a: 1) el cambio de rol de las instituciones del Estado responsables de la provisión de servicios sociales, 2) los cambios en la configuración familiar, y 3) los procesos de desintegración de las redes barriales.
- El creciente predominio de símbolos y reglas de discriminación, segregación e inhabilitación que definen en forma desigual la estructura de oportunidades, éxitos y fracasos sociales.

En este marco, se inscribe y se alimenta el debilitamiento de la escuela y la educación pública como espacio de socialización y distribución de capitales, saberes y calificaciones. De esta manera, el campo educacional ha perdido su función tradicional como ruta común hacia la identidad social en la vida de los jóvenes; es decir, ha desaparecido su centralidad como ámbito de interpretación e integración simbólica, de estructuración de proyectos y expectativas de vida.

Todo lo cual ha llevado a una marcada heterogeneidad de habilitaciones y oportunidades a nivel de la estructura social, a la vez que variadas y complejas cosmovisiones por parte de los propios jóvenes.

Los factores que justamente refuerzan y retroalimentan esta problemática son: las condiciones regresivas del mercado de trabajo, los cambios operados en la política social del Estado, y el creciente debilitamiento que tienden a experimentar las tradicionales redes familiares, civiles y comunitarias de reproducción social.

Los jóvenes y la estructura social de la desigualdad

¿Es posible revertir esta situación de exclusión social sobre este grupo poblacional? ¿Es factible en la Argentina de hoy cambiar y revalorizar las condiciones de vida de los jóvenes afectados por la crisis de las instituciones educativas, laborales y ciudadanas, que enfrentan la falta de oportunidades, la desconfianza social, la persecución pública-policial y la discriminación laboral?

Al respecto, deseo plantear mi pesimismo: *La Argentina de los noventa no está en condiciones de rescatar a esta generación, se trata de una generación perdida.*

Esto es así dada la magnitud del desafío y la falta de voluntad política y capacidad institucional para alterar las condiciones materiales –tanto personales como familiares y contextuales- que determinan la reproducción de la exclusión en estos sectores.

En el actual contexto, son cada vez más -por factores económicos y sociales- los hogares y las comunidades afectados por estas situaciones; a la vez que los miembros jóvenes que integran tales agregados son también -por factores socio-demográficos y culturales- cada vez más. El efecto articulado de ambos procesos parece imponer alcances mayores a la actual reproducción generacional de la marginalidad y la exclusión en los principales aglomerados urbano-industriales de nuestro país.

Al respecto, estudios realizados (Salvia y Carpio, 1997; Salvia, Carpio y Miranda, 1997; Miranda y Salvia, 1997), muestran la validez empírica de los siguientes argumentos:

1. No sólo hay actualmente más jóvenes en general, así como más jóvenes pobres en particular, sino también es mayor la probabilidad de que tales grupos poblacionales pertenezcan a hogares que presentan escasas oportunidades de integración social. Esto último cabe vincularlo al hecho de que es mayor la probabilidad de que hogares particulares registran alto riesgo ocupacional, económico y demográfico.
2. El mayor déficit educacional y ocupacional ha multiplicado las probabilidades de que los jóvenes de sectores de bajos recursos enfrenten situaciones de exclusión social, en términos de no poder continuar estudios ni tampoco obtener un empleo. Los jóvenes socialmente excluidos son más y cada vez son más pobres.
3. La frágil o deficitaria integración social que padecen actualmente los jóvenes no puede ser de ninguna manera atribuida a cuestiones culturales o de anomia social. Ha sido particularmente significativo el esfuerzo laboral puesto por los jóvenes de los sectores de más bajos ingresos en dirección a superar las condiciones familiares/personales de desempleo y pobreza. Sin embargo, tal esfuerzo no tiene resultados compensatorios; ni las probabilidades de éxito tiende a distribuirse en forma equitativa al interior de la estructura social.

Pero estos argumentos no sólo permiten caracterizar más concretamente la actual problemática juvenil, sino que también deben servirnos para reflexionar sobre cuál va

a ser el futuro próximo de estas generaciones y de sus descendientes, igual o mayormente enfrentados a ambientes institucionales, familiares y comunitarios de exclusión.

En el mejor de los casos, el crecimiento económico habrá de mejorar las oportunidades de empleo, a la vez que la reforma educativa proveerá a las nuevas generaciones de las calificaciones necesarias. Sin embargo, los jóvenes excluidos de hoy (seguramente, más de 700 mil jóvenes en todo el país) continuarán teniendo escasas oportunidades de acceder a los componentes de la “nueva modernidad”.

Su exclusión ha quedado predeterminada por las estructuras sociales; han llegado tarde y continuarán “al margen” como una generación perdida, en tanto el Estado y la sociedad de los “incluidos” no ha tomado todavía conciencia de este problema ni asumido el desafío de revertir la situación.

Bibliografía

- CEPAL, 1997: Informe de la comisión latinoamericana y del Caribe sobre el desarrollo social. Santiago de Chile.
- Feldman, Silvio (1995): El trabajo de los adolescentes Construyendo futuro o consolidando la postergación social. Ponencia UNICEF CIID CENEP, Buenos Aires.
- Filmus, Daniel (1996): Estado, Sociedad y Educación en la Argentina de fin de siglo. Troquel, Buenos Aires.
- Germani, Gino 1966: Política y sociedad en una época en transición; de la sociedad tradicional a la sociedad de masas. Paidós. Buenos Aires.
- Jacinto, Claudia (1996): Transición laboral de los jóvenes. políticas públicas y estrategias de los actores. Documento presentado en el 2do Congreso Nacional de Sociología del Trabajo, organizado por ASET, Buenos Aires.
- Konterlniky, Irene y Jacinto, Claudia, 1996: Adolescencia, pobreza, educación y trabajo, Losada UNICEF, Buenos Aires.
- Llomovate, Silvia, 1991: Adolescentes entre la escuela y el trabajo, FLACSO y Miño y Dávila, Buenos Aires.
- Macri, Mariela y Van Kemenade, S., 1993: Estrategias laborales de jóvenes de barrios carenciados, CEAL, Buenos Aires.
- Miranda, A. y Salvia, A. (1997): Los jóvenes son más. Un problema actual de repercusiones en el futuro. XXI Congreso de la ALAS, San Pablo, Brasil, septiembre de 1997.
- Moreno, Martín (1996): Informe referido a condiciones de vida de los jóvenes. CENEP. Buenos Aires.
- P.N.U.D. (1996): Informe sobre Desarrollo Humano 1996: crecimiento económico y desarrollo humano, Mundi Prensa Libros. Madrid.
- Salvia, A., Carpio, J. y Miranda, A. (1997): La exclusión de jóvenes en los noventa. Factores, alcances y perspectivas, en I Congreso Internacional de Pobres y Pobreza. Universidad Nacional de Quilmes y Centro de Estudios e Investigaciones Laborales del CONICET. Quilmes, noviembre de 1997.

Salvia, A. y Carpio, J. (1997): Desigualdad, Pobreza y Exclusión Social de Jóvenes Adolescentes en el Gran Buenos Aires (1986-1996), en I Jornadas Nacionales sobre la Investigación Social sobre la Infancia y la Adolescencia”, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires.

Sidicaro, Ricardo y Emilio Tenti Fanfani (comp.) (1998): La Argentina de los jóvenes: entre la indiferencia y la indignación. UNICEF-Losada. Buenos Aires.